

escribir muchos que se titulan literatos y que explican sus faltas diciendo que para que una obra sea literaria basta con que tenga vida, sin importar nada que no se entienda, porque se halle escrita en *gringo*. Así todos son escritores.

Mas por mucho que se amotinen los ineptos contra la correccion y la belleza del lenguaje, la verdad es, y seguirá siendo, que la obra literaria, además de ser bella en su fondo, ha de presentarse bien vestida.

ALFREDO BARTHE.

LOS PRIMEROS DIENTES

LOS PRIMEROS DIENTES

Tan... tarán... tan, marido,
ya tiene un diente el niño.
Tan... taran... tan, mujer,
y otro le quier nacer.

(Popular.)

Llovía un poco.

Muy poco: no era más que esa lluvia menuda, tibia y pegajosa que desespera á los vendimiadores en las primeras mañanas de Octubre.

Pero como yo no iba á salir á vendimiar, por esa parte la lluvia no me daba cuidado.

Ni por la otra. ¿Qué cuidado me daba á mí que lloviera? Y menos tratándose, como he dicho, de esa lluvia, casi imperceptible, que solemos llamar *cala-académicos*... ¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Dice usted que se llama *cala-bobos*?... Perdone el discretísimo lector; eso era antes.

Repetiré, si es necesario, que llovía; y que no me daba cuidado la lluvia, entre otras ra-

zones, porque probablemente iba á parar muy pronto. Acababa de amanecer, y por aquel refran que dice: «Agua de mañana y concejo de tarde, luego se esparde...»

¿Que por qué me había levantado tan temprano?... ¡Ah! Pues, porque no había dormido bien. Había extrañado la cama de la fonda; no porque fuera mala, pero, en fin, lo cierto es que no había podido dormir, y por eso en cuanto amaneció Dios, me tiré de la cama, me vestí y me asomé al balcon del poniente.

La casita blanca cuya fachada meridional forma ángulo recto con la occidental de la fonda, tenía todas las ventanas cerradas.

—¡Velay!—dije yo, para mí,—los moradores de esa casa duermen todavía como unos benditos.

Tendí la vista al frente. Los romeros del huerto estaban casi todos cubiertos de pañales, que habían pasado la noche á la intemperie.

Por las señas, en la casita blanca había un niño. La rolla había tendido allí los pañales á secar, y no habían secado, porque llovía, pero se habían lavado completamente. Habría que secarlos en el azufrador uno á uno, si acaso el sol, que estaba ya para salir, no se resolvía á rasgar los nublados y espantar la lluvia.

Que sí se resolvería, de seguro. Si fuera en Bilbao ó en San Juan de Luz, puede ser que

no; pero en mi tierra suele ser el sol muy buena persona.

¿No lo dije? A los diez minutos comenzó el astro rey á hacer asomadillas por entre las nubes, y á los veinte ya había escampado.

Pedí chocolate, me lo trajeron, lo tomé y me volví á salir al balcon.

Se quedaba un día muy hermoso. Los árboles iban dejando caer poco á poco las gotas de la pasada lluvia y... tambien las hojas; y hasta algun pájaro rezagado de esos que no se marchan hacia el Mediodía ó se tardan en marchar, hubo de cantarle cuatro ringorrangos al padre *Sol*, al fecundador de la madre *Natura*, como diría el peor de nuestros poetas neoclásicos.

O cualquiera de ellos, porque todos son peores.

En esto... Vamos, en aquello, se sintió chillar una falleba en la casita blanca; un momento despues se abrió el balconcillo que da á la escalera de piedra que baja al jardin; en seguida salió á posarse sobre el hierro mojado del balaustre una mano robusta y varonil pegada á una muñeca fuerte y velluda, y casi al mismo tiempo, una voz tan varonil como la mano y tan fuerte como la muñeca pronunció estas palabras: ¡Calla! ¡y ha llovido!...

—¡Calla! yo conozco esa voz—iba yo á de-

cir; pero no lo dije, porque inmediatamente despues de la voz salió al balcon un hombre, y lo que tuve que decir fué: —¡Calla! ¡Si es Fernando!

* * *

Este Fernando era un amigo mío, teniente de Artillería, muy valiente, muy instruído y muy buen muchacho en todos conceptos; pero su particular distintivo era el valor: un valor á toda prueba.

Como que no era más que teniente sencillo y estaba ya casado.

—¡Fernando!—le iba yo á gritar; pero me detuve, porque detras de él salía una jóven muy bien parecida llevando en brazos un niño de pecho.

—¡Justo! su mujer—dije para mí;—su mujer... y el autor del milagro de los pañales... y de otro milagro que un momento despues exhibía cara al sol en otro de los balcones del jardin la criada; es á saber: un jergonin de cuna con una redonda mojadura en el medio.

Fernando y su mujer bajaron por la escalerita de piedra, y él se metió en seguida por una de las veredas del huerto comenzando á sacudir los romeros y los rosales.

—¡Quita, hombre, que te vas á poner per-

dido de agua!—le gritó su mujer que se había quedado en el escalon bajero.

—No; ya voy con cuidado—la respondió cariñosamente;—voy á ver si se ha caído anoche el membrillo grande que había en aquella esquina; porque sería una lástima que se pudriera.

—¡Qué feliz debe de ser este muchacho!—filosofaba yo tristemente.—Y todos le teníamos por loco hace dos años, cuando se casaba... Tiene una mujer guapa,... porque no se puede negar que es una morena muy guapa.... ¡Cuidado que tiene unos ojos!... Y ademas, y esto es lo principal, será buena, de seguro... Despues, tiene ya un niño que comenzará pronto á decir gracias y á entretenerle.... Vive aquí en esta casita hecho un príncipe: probablemente habrá dormido mucho más á gusto que yo; se ha levantado, ha bajado al huerto con su mujer y su hijo... En este momento no se cambiaría seguramente por el emperador viejo de Alemania despues de la rendicion de Paris, ni por el nuevo despues de la muerte del viejo... De aquí á un rato se volverá á meter en casa, se dormirá el niño, porque los niños así pequeños creo que duermen mucho; su mujer se pondrá á coser ó á bordar, y él se sentará á su lado á leer la ordenanza... ó *La Correspondencia*, cualquier

cosa, porque, al lado de una mujer así, cualquier lectura, aunque sea la de una novela de Polo y Peirólón, debe de ser amena... No hay más remedio que casarse...

Al llegar yo á esta resolución sublime, el niño había dejado de mamar, como si quisiera celebrarla. Su madre, irguiéndole con mucha gracia sobre el brazo izquierdo, comenzó á hacerle fiestas para obligarle á reír; y, cuando lo consiguió y le vió los dientes, exclamó fuera de sí de gozo, corriendo hacia donde estaba su marido:

—¡Ay! ¡Mira, Fernando, mira qué hermosa!...

—No vengas, Aurora; allá voy yo—la decía él, volviéndose hacia la casa apresuradamente; —no vengas, que está el piso muy húmedo.

Pero ella ni oía estas palabras, ni reparaba en la humedad del suelo, ni se detuvo hasta encontrarse con su marido y mostrarle el niño, oprimiéndole suavemente el labio inferior con los dos preciosos dedos de santiguarse, y repitiendo loca de alegría: —¡Mira, mira qué hermoso!... ¡Los dos los tiene fuera ya... los dos... mira, mira!...—Y uno y otro empezaron á comerse el chiquitin á besos.

La escena me conmovía demasiado... Yo soy así... Quise llorar, pero me daba vergüenza, por si me veía alguno, y no se me

ocurrió otro medio de resistir, que empezar á llamar: —¡Fernando! ¡Fernando!

Fernando levantó la cabeza, miró hacia los balcones de la fonda, y dijo sorprendido:

—¡Chico! ¿Tú por estas tierras? ¿Qué haces?

—Ya ves... Ahora alegrarme de verte, y de verte tan contento... y tan bien acompañado.

Su mujer alzó entonces los ojos, como recogiendo la alusión personal; la hice una respetuosa inclinación de cabeza, y me pagó con otra acompañada de una suave y casi imperceptible sonrisa.

—¿Cuándo has venido?—siguió preguntándome Fernando.

—Anoche.

—Vendrás de la montaña é irás hacia la corte, por supuesto... ¿Quieres bajar? No tienes más que dar la vuelta... O, si no, subiré yo en seguida.

—Como tú quieras.

—Bueno, pues allá voy... Tenemos que echar un párrafo muy largo...

Cinco minutos despues estaba ya Fernando en mi cuarto de la fonda. Charlamos muchísimo, y me contó su vida de casado con verdadero lujo de pormenores.

—Sí, hombre, es verdad—me decía confirmando mis impresiones:—te confieso que soy feliz. Mi mujer es muy buena, ¿sabes? muy

buena... ya la conocerás... hoy vas á comer con nosotros... es una santa. Por este lado no puedo menos de estar muy satisfecho, y por otra parte, no me falta, gracias á Dios, lo necesario para vivir así, con modestia, y á gusto; de suerte que creo que soy todo lo feliz que se puede ser en el matrimonio. Pero tambien se sufre; no creas que todo es vida y dulzura, como decimos en la Salve.

Hoy precisamente estamos muy contentos; hoy es un día de alegría en casa, porque le han salido los primeros dientes al niño. Pero para llegar á esto, ¡si vieras la semana que hemos pasado!... Estuvo muy malo unos cuantos días, y luego, Aurora, en cuanto veía que no quería mamar, toda se asustaba... Primero creímos que tenía difteria. Vino el médico y nos asustó más, porque como los médicos son medio insensibles, cuando Aurora le preguntó si sería difteria, la dijo fríamente que podría ser; le volvió á preguntar si, en caso de que lo fuera, se moriría el niño, y la contestó que probablemente, porque de su edad se salvan muy pocos. Ya ves tú; decirla eso á una madre... Para él, nuestro hijo no era más que uno de tantos niños como habrá visitado en su vida, un caso como ellos dicen; pero para su madre... y para su padre... Hemos ofrecido hacer una novena á la Virgen del Camino, y

un día de éstos la vamos á empezar... No puedes figurarte lo afligida que estaba Aurora el día que el médico la dijo que era posible que el niño se muriera... Y, ya ves tú; no dijo ningun disparate, porque como posible... —«Hay que llamar á otro médico—me decía—porque el tal Acero es un tonto; parece que no le importa nada que se muera el niño. ¡Dios mío! ¡Virgen santísima! se había de morir este angelin de mi alma...»

En fin, chico, créete que ¡he pasado unos días!... Hoy en cambio nos consideramos muy felices: cuando nos has visto ahí abajo, cuando Aurora fué á decirme que ya le habían salido los dientes al niño y se los estábamos mirando, no me hubiera cambiado por ningun rey ni por ningun emperador del mundo. Ni ahora tampoco... lo que es eso...

* * *

Cerca de dos horas hacía que Fernando y yo estábamos hablando sin que se nos acabara la materia, cuando llamaron á la puerta del cuarto y entró el camarero diciendo: —Señorito, tiene usted una visita en la sala.

Miré á Fernando, me miró él á mí, y el camarero que esperaba órdenes añadió: —Ha dicho que era de confianza; quería pasar aquí,

pero yo le dije que estaba usted con otro caballero.

—Que pase aquí, que pase—dijimos Fernando y yo casi á un tiempo.

—¡Ah! ¡si es Rafael!—añadía Fernando un momento despues, cuando el camarero volvió á abrir la puerta, y entró un jóven rubio y simpático, que me abrazó cariñosamente diciendo:

—Por una casualidad supe que habías llegado anoche, y como á lo mejor sueles pasar como un relámpago, sin acordarte de los amigos, he venido á verte.

—Me alegro y te lo agradezco mucho. ¿Cómo está Carmen?—le dije yo.

—Ahora está regular, pero ha estado muy malucha todo el verano. Que te diga éste; hemos tenido que ir á las Caldas...

Fernando y Rafael se habían saludado como se saludan dos amigos que se han visto la víspera.

—Mira—le decía el primero al segundo despues que habíamos hablado un rato,—éste va á comer hoy con nosotros; ven tú tambien: estamos de fiesta...

—¡Para fiestas estoy yo!—replicó Rafael sonriéndose.

—Sí, hombre—insistió Fernando;—mandamos recado á tu casa y no necesitas moles-

tarte en ir y volver: estamos de fiesta por los primeros dientes.

—Precisamente por eso mismo estoy yo de un humor...

—¿Cómo?—le dije yo;—¿tienes algun niño malo?

—Ni malo ni bueno, por desgracia—me contestó Rafael.—Tuve uno, se me murió y no he vuelto á tener más.

—Entonces no entiendo cómo dices que estás de mal humor por los primeros dientes.

—Pues es muy sencillo. Porque esta mañana, por primera vez, me ha enseñado los dientes mi suegra.

II

EL COCHE

EL COCHE

I

¡Pobre Mercedes!

Espigadilla y vivaracha cuando yo la conocí en Cádiz—me decía su antiguo novio Agustín de Viana contándome esta historia,—no te diré que fuera una belleza, pero era una mujer muy agradable, y tenía, aparte de sus naturales gracias, la gracia de los diez y ocho años.

Que cómo fué para conocernos en Cádiz, dirás tú, siendo ella de Aragon y yo de Zamora; pues ahí verás: parece cosa del demonio.

Fuí yo á Cádiz acompañando á mi hermana Leonor que quiso ir á esperar á su marido, teniente coronel de Ingenieros que volvía de Puerto Rico despues de cinco años de ausencia. Llegó mi cuñado endeble y decaído con el mareo y todas las molestias del viaje, que áun en los buenos vapores no son escasas, y como,

á pesar de hallarnos en el rigor del invierno, reinaba allí un tiempo verdaderamente primaveral, nos decidimos á quedarnos una temporada.

Y allí había ido ella también, con su padre y su hermano, en busca de clima templado para este último, que estaba medio tísico ya, y que murió al año siguiente, sólo cuatro despues que su madre la señora Condesa del Espino.

La primera tarde que la ví en paseo me llamó la atención, porque tenía cierta palidez aristocrática, y alguna otra cosa que no acertaría yo á describir, pero, en fin, algo que la denunciaba como no andaluza.

Quise saber quién era, mas no pude, porque no tuve á quién preguntar: no conocía á nadie.

Por la noche la ví en el teatro, y... lo mismo. Digo, lo mismo no, porque yo tenía mucha más curiosidad de saber quién era que por la tarde. Había advertido ella que yo la miraba, y me miraba también con curiosidad, sin duda, parecida á la mía.

Para la tarde siguiente había yo hecho ya conocimiento con un capitán de Estado Mayor que era antiguo amigo de mi cuñado y había ido á visitarle en la fonda. Entrar el capitán en el paseo, notar yo que había saludado á Mercedes y correr á pararle todo fué uno.

—¿Quién es esa jóven delgadita que acaba usted de saludar?—le pregunté.

—Mercedes Medina—me contestó;—una señorita de Aragon que ha venido aquí á pasar el invierno con su padre, que es ese señor que la acompaña, y con un hermano enfermo. ¿Le gusta á usted?

—Pchs... No me parece mal.

—Es guapilla, pero creo que debe de tener poco luste. Ya verá usted: si la mira usted un poco, si conoce que tiene usted interés por ella, en seguida preguntará si es usted rico y cuánto tiene. A mí me llamó la atención también cuando vino, y en cuanto me hice presentar á ella, la faltó tiempo para preguntar si era rico, y se lo preguntó á la misma persona que me había presentado; con lo cual excuso decir á usted que no me he vuelto á acordar de ella. Y lo mismo ha hecho ya despues con otros varios: en cuanto cree que uno tiene intenciones de obsequiarla, ya está preguntando, no por sus cualidades morales, sino por sus riquezas. Se conoce que la niña está ya pensando en ser condesa, porque su hermano, que actualmente es el Conde del Espino, se está muriendo, y quiere llevar el título con lujo... Ella misma ha dicho que no se resigna á vivir sin coche...

—¿Crees tú que estas noticias del capitán—

continuaba diciéndome Agustín—me retrajeron ni me entibieron en lo más mínimo? Al contrario; me metieron más en deseo de hablar á Mercedes y tratarla. Me figuré que el capitán hablaba así por despecho, porque ella no le habría querido hacer caso: se apoderó de mí una mezcla de curiosidad, de amor y de orgullo que del todo me quitaba el sosiego, y á los ocho días, en la tertulia del gobernador militar, me presentaban á ella y á su padre.

Desde entonces comencé á acompañarla todas las tardes en el paseo y á subir á saludarla al palco en el teatro todas las noches. El buque de mi vanidad marchaba viento en popa. Puedes figurarte lo hueco que iría yo al lado de aquella mujer, que había desdenado...—para mí era esto ya como artículo de fé—que había desdenado á todos los que antes de llegar yo se habían acercado á ella.

Ademas era muy agradable en su trato, y hasta tenía un aire de sinceridad, que por lo que he visto despues, no era más que aire. Tambien he sabido despues, que de mí, como de los demas, preguntó si era rico; pero la persona á quien preguntó, que era otro amigo de mi cuñado, la dijo que sí, que era hijo de un riquísimo propietario de Zamora, y á esto debí mi provisional triunfo.

Tan loco iba estando por ella que, cuando

mi cuñado y mi hermana, repuesto ya él completamente, trataron de abandonar á Cádiz, conociendo cuánto me contrariaba la partida, me dijeron, como por decir algo, seguramente sin ánimo de que aceptara: «Si tú te quieres quedar...», y en el acto les cogí por la palabra y dije: «Sí... me quedo... Ya no os hago falta; me quedo unos días...»

Y me quedé efectivamente, y, una semana tras de otra, pasé allí un par de meses que me parecieron un soplo.

La satisfacción de ser públicamente correspondido por Mercedes, delante de aquella sociedad gaditana que la había visto tan desdeñosa con todos los que antes de mí se la habían acercado solicitando su amor, era tan completa y llenaba tanto mis aspiraciones, que no traté por entonces de profundizar en su corazón, ni creo que llegué á hablarla nunca del matrimonio. ¿Qué prisa tenía? ¡Era tan feliz con que ella, en su manera de tratarme, diera á entender claramente que me quería y que me prefería á todos sus anteriores pretendientes!

II

Al principio de la Cuaresma, que era á la vez el principio del mes de Marzo, se me des-

pidieron una noche su padre y ella para Madrid, y naturalmente yo me vine también á Madrid en el mismo tren que ellos. Al despedirnos en la estación de Atocha, el padre me ofreció su casa en la calle de la Flor Alta, número 5 duplicado.

—Que le veamos á usted por allí, Viana; no nos olvide usted—añadió Mercedes con una amabilidad encantadora.

Y es claro; no fuí aquella tarde, porque me pareció demasiado pronto, pero tuí al día siguiente á ver cómo les había dejado el viaje.

Don Severo Medina, á pesar de su aspecto de brigadier, es hombre muy amable, y para mí lo fué siempre sobremanera, como que á los tres días me pagaba la visita.

Su hija no creerías lo amable y cariñosa que estuvo conmigo, al verme por primera vez en su casa. Habló largo y tendido con una llaneza encantadora. Rodando la conversacion, halló manera de dejar caer estas palabras: «Sí, esta mañana, á eso de las once y media, cuando salíamos de San Martín... porque todos los días solemos ir allí á misa de once...»

Al día siguiente fuí yo también á misa de once á San Martín, pues me pareció que para eso me lo había dicho: salí cuando ellos, les dí agua bendita, y los acompañé á dar una

vuelta por las calles, todo lo cual quedó luego erigido en costumbre.

Así las cosas, ya ves que no podían ir mejor ¿eh?... así las cosas, estuve algo enfermo unos días y no pude ir á misa. La primera tarde que salí de casa, emprendí el camino para la suya á dar cuenta de mi persona. ¡Figúrate cuál sería mi asombro al ver á Mercedes hablando desde el balcon con un militar!... ¿Sabes quién era?... Le debes de conocer... un comandante de Infantería que se llama Remigio Soria, ayudante del general Anchete.

Dudé si llegar á la casa y subir, ó volverme; pero me decidí por esto último.

Al día siguiente fuí á misa, y al salir, lo primero que ví fué al comandante, arrimado á la botica de Porta-Cœli. Se conoce que le había dado ella misma la noticia, como á mí; pero como yo salía con ella de la iglesia y me puse inmediatamente á su lado, el comandante no se acercó.

Entablé conversacion con Mercedes, y como la insinuara tímidamente mi observacion de la víspera, me dijo muy formal que no hiciera caso, que era un amigo antiguo que había venido de Zaragoza, y viéndola por casualidad en el balcon, se había parado á saludarla y á darla noticias de unas amigas.

Hablaba con un acento de sinceridad, que

al pronto la creí; pero despues... la curiosidad me llevó hacia la calle de la Flor á la misma hora que la tarde antes, y observé lo mismo, el mismo coloquio en pleno día y en plena calle.

Me disgusté mucho, me encerré en casa y estuve una temporada retraído.

III

Unos días despues de Pascuas recibí la invitacion para un baile en casa de los Condes del Hayedo. Como suponía que había de ir Mercedes, mi primera intencion fué no ir. Era lo que debía hacer... y estaba decidido á hacerlo. Mas por otra parte, tenía tanta curiosidad de verla... Yo lo llamo candorosamente curiosidad, tú puedes llamarlo como gustes... Tenía tanta curiosidad de verla... estaría tan mona... Y eso que á mí ¿qué me importaba ya?... Mas el caso era que tambien... eso de dejar yo de ir sólo por ella... ¿No podía ir y no hacerla caso?... Pues claro, es lo mejor, me dije por último: voy y me pongo á jugar al tresillo con los señores mayores, me levanto alguna vez cuando me toque dar, observo friamente la escena y vuelvo á sentarme. Decidido...

No se cumplió el programa, ya lo supon-

drás, no se cumplió el programa más que en la primera parte, en lo de ir: lo demas todo salió al revés.

Al entrar en el salon, lo primero que ví fué á Mercedes sentada al lado de la señora de la casa; así es que el primer saludo despues del de la Condesa, tuvo que ser el suyo, que comenzó ella soltándome esta granizada de preguntas:

—¿Qué es de usted? ¿por dónde anda usted? ¿ha estado usted enfermo? ¿dónde se mete usted?...

Y sin darme tiempo de contestárselas, continuó diciendo:

—Supongo que seguirá usted en su grave costumbre de no bailar más que rigodones, como en Cádiz... Yo tampoco pienso bailar esta noche wals, porque estos días he estado delicada; pero algun rigodon sí bailaré...

—Si usted quiere hacerme el obsequio de uno... —me creí obligado á decirla.

—Con mucho gusto —me contestó. —¿Quiere usted el primero?

—Bien, el primero, muchísimas gracias —la dije. Y seguí saludando á las señoras y luego á los amigos que tenía en la sala.

Poco despues el piano hizo señal de comenzar un rigodon, y me fuí á buscar á Mercedes, un tanto emocionado, pero firmemente decli-

dido á no pedirla explicaciones de nada, á no hablar una palabra de nuestro antiguo amor, á charlar sin sustancia del tiempo, de música ó de cualquier cosa; en fin, á estar con ella lo más indiferente del mundo.

¿Crees que llevé á cabo mi propósito?.. No le pude llevar, porque ella misma empezó á hablarme del caso, y á acusarme de veleidoso, como todos los hombres; esto lo decía con mucha gravedad y al mismo tiempo con mucha gracia, asegurando que me alejaba de ella porque así lo creería conveniente, pues lo del comandante Soria no podía ser más que una disculpa, porque no había nada ni nunca lo había habido; pero entonces menos; y añadía para dar fuerza á sus argumentos: —Ya ve usted cómo no ha venido esta noche, ni vendrá probablemente... y aunque viniera... ya vería usted....

El caso es que la fuí creyendo, que ya la había creído del todo y estaba yo en mis glorias, cuando al terminar la penúltima figura del rigodon, me acuerdo bien... hacía yo el solo, estaba de espaldas á la puerta del salon, y en el espejo de enfrente ví al comandante que entraba sonriendo. Miré á Mercedes y me pareció que se había sonreído tambien.

Todo cambió en mi alma: la satisfaccion se tornó en disgusto, de las flores de mis ilusio-

nes no quedaron más que las espinas. Se acabó el rigodon, Mercedes se me colgó del brazo, la dejé donde ella me indicó que la dejara, y me fuí hacia las mesas de tresillo, jurando en mi interior no volver á acordarme de ella...

Ya supondrás que rompí el juramento; pero lo que no te habrás atrevido á suponer es que le rompí aquella misma noche...

Y eso que despues de lo que te he dicho la ví bailar un rigodon con Soria, y tener con él conversacion muy tirada y reirse mucho. Pues á pesar de eso... ¿Qué quieres? Me estuve viendo jugar al tresillo todo el resto de la noche, teniendo cuidado de no sentarme junto á la mesa en que jugaba don Severo Medina, sino al lado de otra donde jugaban aquel auditor de la Armada muy sordo que iba á casa de la Marquesa de Villafria, Manuel Solana el secretario de la Junta consultiva de Caminos y dos magistrados del Supremo muy disputadores. Desde allí presenciaba ya á última hora el desfile de la gente. Ya se había levantado el padre de Mercedes y se había despedido. Hacía yo cuenta de marcharme el último, con la última tanda de viejos que no tenían señoras que acompañar. Pero Mercedes entró en el gabinete aquél á despedirse de su tío el Marques de Tapia, hizo despues una inclina-

cion de cabeza á los jugadores que no conocía, y al despedirse de mí me dijo, volviendo á retirar la mano despues de haber hecho ademán de dármela:

—¡Ah! no: usted se vendrá con nosotros.

¿Qué había yo de hacer? Me despedí de los tresillistas y salí con ella y con su padre como un doctrino. Me cogió el brazo para bajar la escalera, me dijo que parecía que estaba serio, y como yo la indicara tímidamente el motivo, me llamó inocente y creo que tonto, me dijo que parecía un niño, que una mujer no tenía más remedio que estar amable con todo el mundo, que ya veía cómo Soria no había esperado, y en fin acabó por convencerme.

IV

La temporada que siguió á la noche del baile fué para mí una temporada feliz por entero.

No sé si el comandante Soria tendría por entonces que salir de Madrid, creo que sí; lo cierto es que no le volví á ver ni á la puerta de la iglesia de San Martín, ni por los alrededores de la casa de Mercedes.

Con lo cual, yo, que todavía no la conocía bastante, creía buenamente que ella le había

despedido. A mayor abundamiento ella misma me lo indicó así á los pocos días, diciéndome:

—¿Ve usted cómo ya no nos encontramos al comandante por ningún lado?

—Es verdad—la respondí,—ya he notado que no la persigue á usted como antes, ó mejor dicho, que no me persigue á mí, porque contra mí era principalmente la persecucion.

—¿Y á quién cree usted que se debe el milagro?... Pues, por más que usted no me crea capaz de hacerlos...

—¿No he de creerla á usted capaz de hacer milagros?... Por lo menos tengo que reconocer uno muy grande que ha hecho usted conmigo.

—¿Cuál? ¿cuál es?

—El de haber hecho de un hombre altivo é indomable, como era yo antes de conocer á usted, un esclavo, un pobre cautivo sin libertad, ni albedrío, ni voluntad propia.

—¡Já, já, já! ¡Sí, valiente cautivo está usted!... como todos.

Por este estilo siguió la conversacion y con estas cosas iba acabando Mercedes de volverme el juicio.

A tal punto fué llegando mi entusiasmo que la escribí en el abanico unos versos, malos, eso sí, como casi todos los versos que se escri-

ben en los abanicos, pero muy apasionados y que á ella la gustaron mucho. Todavía me acuerdo de esta estrofa insulsa que la hizo mucha gracia:

Es tan airoso tu talle,
Que el de la palma del valle
No es mejor.
Por tí llaman á esta calle
De la *Flor*.

Cerca de tres meses duró aquella que yo creía felicidad verdadera, aquella posesion tranquila del cariño de Mercedes, sin contradiccion de nadie, porque dió la casualidad...—pero esto no lo sabía yo entonces ni acertaba á sospecharlo—porque dió la casualidad de que nadie se acordara de ella.

A últimos de Junio se marchó con su padre á Aragon, citándome para el mes de Agosto en San Sebastian.

Tardó en llegar el mes de Agosto—á lo menos á mí se me figuró que tardaba,—pero al cabo llegó y llegué yo tambien, una mañana á eso de las once, á la moderna capital de Guipúzcoa.

En cuanto pude instalarme en una fonda, que no me costó poco trabajo, y me lavé y me vestí de prisa y corriendo, me fuí al *boulevard*,

seguro de que por allí la encontraría, y la encontré en efecto.

Recibióme con un grito de júbilo. —¡Ay, Viana! Papá, mira Viana...—Paseé y estuve sentado á su lado. Cuando quisieron marcharse del paseo los acompañé hasta su casa, que el padre me ofreció muy amistoso.

A la tarde fuí á visitarlos, y ¿qué dirás que ví al llegar á la esquina de la calle?... Pues ví á Mercedes hablando desde el balcon con un hombre que estaba en el balcon de al lado. Despues supe que era un marino que la hacía el amor y había alquilado expofeso la casa contigua. Estuve un rato en observacion, y el coloquio seguía muy animado.

A la otra tarde volví y se estaba repitiendo la misma escena, y á la mañana siguiente dejé la ciudad aburridísimo.

¡Acabáramos! dirás tú... Pero te equivocas, porque no acabamos todavía.

V

Pasaron tres años, en los cuales la conocí á Mercedes cuatro novios, ninguno de ellos bastante rico. La ví en el invierno siguiente acompañada del marino por la Castellana. En la primavera volvió á privar una temporada el

comandante Soria, y muchas tardes la ví sentada entre su padre y él en las sillas del Prado. Al otoño siguiente y casi todo el invierno tuvo relaciones con un diputado asturiano, aquel Tamargo que estuvo en puerta para Director general de Impuestos. Sucedió á éste un abogado de Lerma, excelente muchacho, pasante de Sánchez de Embite, y á quien éste dejó el bufete cuando llegó á ministro.

Después... casi me da vergüenza contártelo. ¿Querrás creer que después de todas estas veleidades, todavía fuí su novio?

La encontré una tarde en el Retiro. Yo quise hacerme el distraído y no mirarla, pero al pasar me dijo con tono cariñoso: —«Adios, Viana»;—y después que pasó se volvió á mirarme... ¡Ejercían aquellos ojos una influencia sobre mí!...

Volví á su casa y fuí tan bien recibido que al poco tiempo estábamos en relaciones formales, y la cosa iba tan bien que pasamos cerca de medio año sin que me diera el menor disgusto.

Pero quiso mi mala estrella, ó por mejor decir la suya, que viniera por ahí echándose las de millonario un manchego, de Miguelturra, un tal Damian Pérez, sobrino de Braulio Pérez, el opulento comprador de bienes eclesiásticos; nada más que sobrino. Él se dió por hijo,

y haciéndose preceder de una gran fama de riqueza, fué presentado á Mercedes en la tertulia del general Pintado. —Figúrate—la decían á Mercedes las niñas de la casa al anunciársele,—figúrate si será rico cuando á su padre le llaman *Onzas* y á él *Oncitas*.

Estos apodos y la cifra concreta de veinte mil duros en que se fijó en la tertulia la renta de Pérez, deslumbraron á Mercedes por completo, de modo que comenzó á estar seria conmigo y acabamos por romper de una.

¡Qué bien la había conocido el capitán de Estado Mayor!...

Efectivamente, creía haber encontrado el coche, y á los cinco meses se casaba con aquel zanguango.

—Que luego, á lo mejor, no sería rico—le interrumpí.

—Claro que no. Los veinte mil duros de renta que se le asignaban en la tertulia, se redujeron á diez mil reales, y eso para cuando se mueran sus padres, que son muy jóvenes todavía. Poco y entre zarzas.

—De suerte que el coche...

—Va la infeliz en el de San Francisco; y todavía, no es eso lo más malo. ¡Pobre Mercedes!

A los dos ó tres meses de casada la llevó su marido á la Mancha á que la conocieran sus padres. Cuando vió la pobreza en que vivían